

Javier Cruz Mena

*Por: Beatriz Elena Marín Ochoa
Fotos: Natalia Botero*

Físico por convicción de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), con una maestría en Matemáticas Aplicadas en la Brown University (EE. UU). Se inició en el periodismo de ciencia en 1993, por sangre y pasión, y desde entonces ha ejercido en diarios, revistas, radio y televisión. En la actualidad es editor en la unidad de periodismo de la Dirección General de Divulgación de la Ciencia de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde combina el periodismo con la docencia y la investigación académica sobre comunicación de la ciencia en medios masivos.



Cuál es el recuerdo más lejano que tiene de su infancia?

Un trompo, un juguete infantil. Yo debía tener cuatro años porque la casa que recuerdo la dejamos cuando yo tenía cinco y entonces te hablo de 1960 y la prehistoria. Era un cacharro que tenía como una galaxia, un disco que giraba, hacía ruidos, emitía colores y con un eje horizontal... Tengo el recuerdo visual y un poco auditivo de darle a ese juguete y verlo girar.

¿Era un niño hiperactivo, travieso, curioso?

Yo quiero pensar que curioso he sido siempre, incluso, tengo la noción de que alguien debería estudiar si la curiosidad no es adictiva. Yo creo que tengo adicción a la curiosidad, pero no era hiperactivo y, ¡hombre!, travieso en el sentido en el que lo son todos los niños.

¿Cómo estaba conformada su familia en ese momento?

Mi paso de la infancia a la adolescencia está marcado por el hecho de que somos, por ambos lados, refugiados de la Guerra Civil española, entonces, mi familia pertenecía a la clase media modesta en México, que luego en toda la región desapareció, pero en aquel momento existía. Nunca estaba presente la noción de "estamos en riesgo para el mes entrante", pero el futuro era una incertidumbre y todo el mundo trabajaba hasta la última hora del día para tener el nivel de vida que teníamos. Discutíamos sobre cuestiones que hoy podríamos identificar, tal vez, como éticas o de filosofía. Estaban mi padre, mi madre, en las primeras etapas tenía un hermano mayor, luego van dos debajo de mí y, muy cercanamente en esa órbita, mis dos abuelas.

¿Qué recuerda de su época de colegio?

Yo era un niño que como otros pensaba la mitad del día en el fútbol porque jugábamos a la hora del descanso de la escuela. Me lo pasaba bien. El despegue vino en la secundaria, allí fue donde empecé a notar que me interesaban cosas que a los demás no y que me podían interesar muy profundamente asuntos que no tenían que ver con fútbol.



¿Cuándo aparece la física?

En preparatoria, es decir, como a los 14 ó 15 años, la segunda vez que llevé la materia de física. Un profesor, particularmente bueno, que hizo que me entusiasmara, tuvo el enorme valor de mostrarme que la física es algo de lo cual uno se puede entusiasmar y nada más. Es decir, la motivación ya no era "quiero llevarla bien porque es humillante una nota reprobatoria y tal", de repente, la motivación era "esto me entusiasma y quiero entenderlo bien y quiero saber más" y de allí no cambié más, decidí que eso iba a estudiar y estudié física.

¿Cómo entusiasmar los chicos de hoy en día con la física?

Cómo entusiasmas a los chicos de hoy en día casi con cualquier cosa, es una incógnita, pero yo siento que la batalla de las escuelas está un poco perdida. Si los quieres entusiasmar con la física, tal vez tengas mejor oportunidad de hacerlo si es fuera de un entorno escolar, es decir, desnudarla del condicionante "tienes que aprender física porque habrá un examen", que viene con la amenaza de "y si no tienes una buena nota, el horror". La física afortunadamente vive, y vive muy bien, sin esos condicionantes y sin esas amenazas.

Y, ¿cuándo llega el periodismo a su vida?

De nacimiento. Mi abuelo, que nunca llegó a México porque fue fusilado por el régimen franquista, y de ahí el exilio de mi familia, era periodista. Yo nunca lo conocí, lei sus trabajos periodísticos siendo ya adulto, pero siempre estuvo allí presente el abuelo periodista. Yo desde la escuela preparatoria todos los días compraba el periódico y lo leía, para mí era una rutina diaria. Y me pasé muchos años diciendo "si no hubiera estudiado física, hubiera estudiado periodismo".

¿Y cómo une periodismo y ciencia?

Yo siempre conecté mi profesión con el gusto por el periodismo, como consumidor de medios, pero en el año 94, cuando regresé de los estudios doctorales, fue un pésimo año que incluyó cambio de régimen, país en crisis financiera y, al año siguiente, la universidad en huelga. Entonces, alguien me contactó del diario *Reforma*, donde buscaban a alguien que les coordinara una página semanal de ciencia, entonces, era lógico que yo entrara allí. Yo había empezado a escribir una columna mensual en una revista que ya no existe más, *Viceversa* se llamaba, llevé eso como prueba, escribir siempre me ha gustado y lo vieron en el diario y decidieron darme el empleo de coordinador externo. En menos de un año ya era editor de la sección semanal de ciencia y traicioné a la física, me fui con otra, me dejé entusiasmar por el trabajo periodístico y tres años adentro de ese ejercicio, en un momento de honestidad en un bar, dije "en realidad voy a vivir de escribir periodismo de ciencia". Encontré que yo ahí era donde quería estar y ahí me quedé.

¿Cómo ve el periodismo científico en Latinoamérica?

Veo el periodismo mundial en crisis, sobre todo el periodismo comercial mundial en crisis, como consecuencia, el de ciencia, y el de América Latina en particular, en una crisis agravada porque aquí nunca hemos tenido la tradición de la prensa como un aliado de la ciudadanía en defensa de los regimenes. Otras sociedades sí han visto en la prensa ese papel y, por lo tanto, son paradójicamente más exigentes con la calidad del periodismo. Creo que estamos a tiempo de empezar a pensar en un modelo de periodismo de calidad y de investigación, lo cual hacen ya empresas sin fines de lucro.

“Tuve un profesor de matemáticas que me marcó profundamente porque con él tuve, número uno, cercanía en edad (sólo tenía 10 años más), y número dos, las discusiones no eran solamente sobre matemáticas; es más, casi no eran de matemáticas. Con él aprendí muchísima música, algo de cine, se estableció una relación casi fraternal y a la fecha me sigo hablando con él”.

Por último, ¿puede sugerir un libro para periodistas, un libro para investigadores y un libro para estudiantes?

Para **periodistas** recomiendo *Los elementos del periodismo*, de Kovach y Rosenstiel, en ese libro está el origen de todo el trabajo académico que he hecho los últimos 13 a 15 años, cambió mi perspectiva de lo que se podía hacer desde el mundo académico en favor del periodismo.

Para **investigadores**, cualquiera que no sea de ciencia, como *Pentimento*, de Lillian Hellman, una autobiografía que tiende a hacerse ver mejor de lo que en realidad era, pero es una escritora de calidad que vivió en unos tiempos interesantes, pues era una feminista adelantada a su época, sin duda una lectura inspiradora.

Para **estudiantes** que gustan de la ciencia, yo sugiero a una autora estadounidense que se llama Dava Sobel, el libro se llama *Longitud* y cuenta la fascinante historia de la revolución que causó en la Europa del siglo XVII y XVIII la invención de un reloj que pudiera resistir los horrores de altamar. Es un libro delicioso.

“Cuando tenía cuatro años, lo único que hacía era fastidiar todo el día, pero se conoce que para que dejara de fastidiar me daban cosas que encontraba entretenidas, como el trompo. Y sí me intrigaba mucho verle girar, eso sí lo recuerdo”.

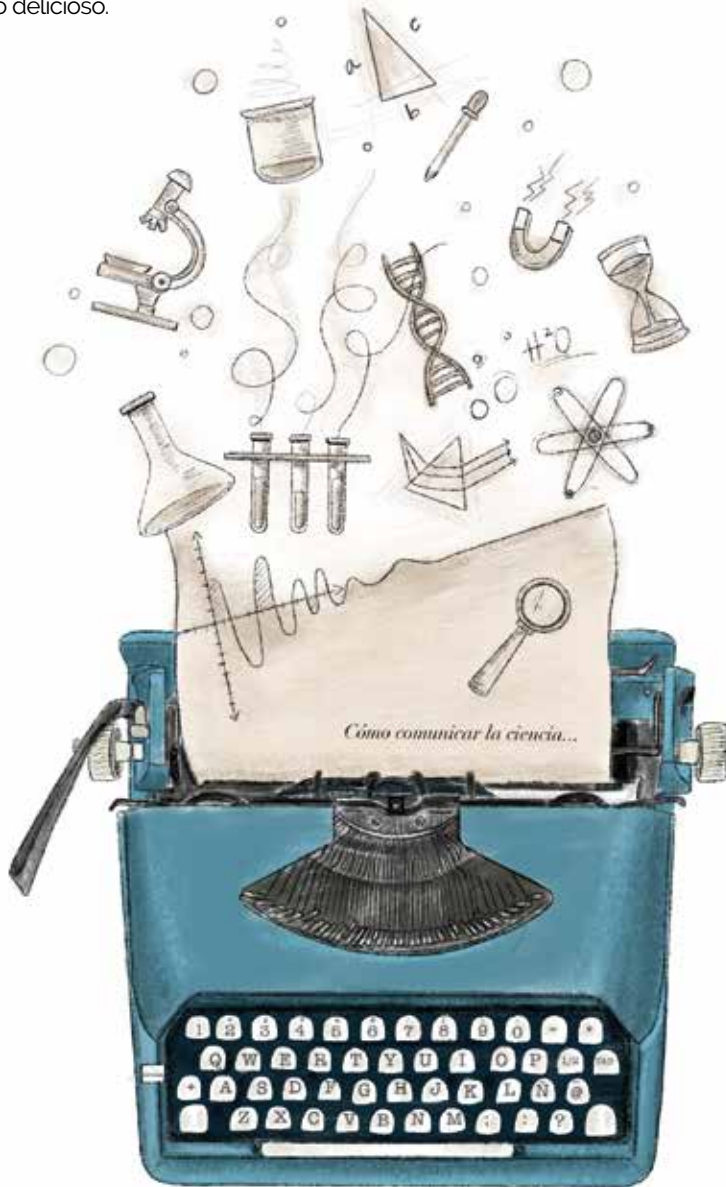


Ilustración: Sara María Arias Ramírez



Escanea este código QR para ampliar la entrevista.